

“Más allá” de la telebasura: las pseudociencias

Javier Armentia

Javier Armentia és astrofísico, divulgador científico y director del Planetario de Pamplona. Colabora habitualmente en Radio 1 (RNE), Onda Cero y Euskal Telebista, así como en secciones de “naturaBlog”, de *elmundo.es*, y “bitaQUORas”, de *QUO.es*, y en las revistas *QUO* y *El Escéptico*. Mantiene una bitácora (weblog) titulada “Por la boca muere el pez”, <http://javarm.blogalia.com>.

In 1976, TVE began broadcasting Más Allá (The Beyond), a pioneer program at that time for Spanish television. Thirty years later, channels of one stripe or another maintain a self-interested relationship with all of those matters which, as they are appealing to a certain sector of the audience, have to do with UFO's, parapsychology and the occult, as well as the post- 9-11 “conspiranoias” and hard-core sensationalism. The current success of Cuarto Milenio on channel four does nothing but call into doubt the very essence of a certain type of journalism which, with ever greater frequency, does not hesitate to cross, whenever convenient, that dangerous line which separates news from pure entertainment.



ace más de treinta años, en 1976, comenzaba la emisión de un programa pionero en la segunda cadena de TVE, esa que entonces denominábamos “UHF”. Se llamaba *Más allá*, y su presentador era un entonces desconocido psiquiatra que había llegado a la televisión de la mano de Narciso Ibáñez Serrador, dos años antes, para hablar en su *Todo es posible en domingo* de fenómenos extraños, misterios sorprendentes y demás. En *Más allá* y en sus programas posteriores (*La puerta del misterio*, *La España mágica*, *Viaje a lo desconocido...*), el doctor Jiménez del Oso presentaba sorprendentes casos que, a lo largo de todo el mundo, parecían contradecir la idea de que vivimos en un mundo en el que la ciencia lo va explicando todo. Descubríamos, sin duda ayudados por la presencia terriblemente seria, la voz grave y el discurso muy adjetivado y con numerosas pausas que constituía el estilo inconfundible del conductor del programa, que las antiguas civilizaciones planteaban misterios que sólo podían explicarse con visitas de astronautas —constructores de pirámides, estatuas pétreas en la isla de Pascua, pistas para el aterrizaje de astronaves en las pampas de Nazca...— o con la existencia de poderes paranormales más allá de la psicología científica —clarividencia, precogniciones, poderes telequinésicos, telepatía...— o, acaso, con la influencia directa de seres desencarnados del más allá que habitaban lugares sagrados, antiguos edificios o cementerios. Además, presentaba el testimonio de expertos completamente desconocidos en cualquier otra actividad salvo la de, precisamente, investigar misterios, y que iban alcanzando fama mundial: Von Däniken, Berlitz, Kolosimo...

¿Y la ciencia qué opinaba de esto? Nada. Se trataba de magisterios absolutamente separados, y la ciencia miraba para otro lado, o —visto de otro modo— los misterios miraban en la dirección adecuada de las masas: en aquella época había también en la televisión un gran programa de divulgación científica, que realizaba Luis Miravittles, un gran divulgador que desde 1959 había llenado de ciencia una televisión precaria en los medios pero que al menos incluía estos temas en su programación. Los misterios de Miravittles, frente a los que luego popularizó Del Oso, eran misterios en los cuales había solución terrena, en su resolución se hablaba de futuro, de tecnologías, de progreso, de viajes espaciales y colonización de otros mundos. Paradójicamente, esos temas fueron desapareciendo en una televisión que evolucionaba para ser el ocio total de los españoles, mientras que los otros misterios se convirtieron en parte de la cultura popular. Eran, ya entonces, considerados parte del *entretenimiento* televisivo: al mencionado Chicho

Ibáñez Serrador añadiremos la estrella de los shows de TVE, José María Íñigo, que ya en 1975 había invitado a su *Directísimo* a un mentalista que doblaba cucharas y arreglaba relojes parados, de origen israelí, llamado Uri Geller (cuyo tirón se mantiene más de treinta años después, convertido este 2007 en la imagen de una campaña publicitaria de helados “de cuchara”).

Si saltamos de esos mediados de los setenta a la televisión actual, comprobamos que aquello que se apuntaba entonces se convirtió en algo que parece inseparable de este medio de comunicación: la ciencia ha desaparecido, relegada, como máximo, a alguna pequeña aparición en los informativos y a programas que se emiten muy de madrugada, mientras que lo paranormal tiene ahora su estrella en el programa *Cuarto milenio*, de Iker Jiménez, en Cuatro TV, con apariciones en programas típicamente enmarcables en la telebasura, en los que, de vez en cuando, y como para dar respiro a las vísceras del famoseo televisivo, se incluyen estos temas de *poltergeists*, casas encantadas, teleplastias de Bélmez, ovnis y demás (un buen ejemplo es el de *TNT* de Telecinco). El éxito de estas dos últimas temporadas del programa de Iker Jiménez (con audiencias en torno al 12-15 por ciento de *share*) no ha sido seguido por las principales privadas, posiblemente porque esos porcentajes son inferiores a su promedio o *cuota* de pantalla. Si no, estoy convencido de que tendríamos productos semanales similares en Antena 3 o en Tele 5. Y posiblemente lleguen en cuanto esas cuotas sean aceptables para los programadores y sus anunciantes.

Iker Jiménez es un claro ejemplo del tipo de manipulación —desde el punto de vista periodístico, verdadera información *basura*— que se usa para dotar de contenidos a lo que su director llama “la nave del misterio”, y que es realmente la trasposición en televisión de su programa radiofónico en la Cadena SER. (Una breve nota entre paréntesis: las radios apostaron mucho antes, normalmente en horarios de madrugada, por lo paranormal y misterioso, que en algunos momentos, como la noche de los viernes, hacen que el dial se pueble de misterios sin resolver. Cierto es que los costes de producción radiofónica, mucho más reducidos, facilitan este fenómeno, pero Cebrián y Cardeñosa —Onda Cero—, Guijarro —Radio Nacional— y demás emplean las mismas artes.) Un ejemplo señero: el 11 de junio de 2006, en *Cuarto milenio*, se dedicaba el programa a hablar de los desastres espaciales, de la carrera que existió entre soviéticos y americanos, y, sobre todo, de las maniobras de ocultación de la cosmonáutica rusa. Entonces se introdujo la sorprendente historia de un tal Ivan Istochnikov, tri-

pulante único de la *Soyz-2*, que murió en un poco aclarado accidente en órbita. Para ocultarlo, la maquinaria de propaganda soviética había hecho desaparecer al cosmonauta y su misión, borrando incluso su presencia en las fotos oficiales. Algo que solo con la *perestroika* se había conseguido desvelar.

El telespectador podría o no creerse la historia, pero según los datos que aportaban Jiménez y sus colaboradores, no había duda de que la de ese “cosmonauta fantasma” era una historia real. Sin embargo, si hubieran querido simplemente tomarse la molestia de buscar el apellido del fantasma en cualquier buscador de Internet, habrían encontrado que todo se trataba de una creación del periodista y fotógrafo Joan Fontcuberta (que es precisamente, traducido al ruso, el mismo Istochnikov), en un proyecto expositivo que circuló por muchos países, denominado *Sputnik*. Fontcuberta planteaba, como en otros trabajos suyos, cómo la veracidad de un contenido es establecido por el espectador mediante factores que convierten lo verosímil en cierto, más cuando se induce a ello manipulando textos e imágenes, y siguiendo modas y lugares comunes. Numerosos medios de comunicación dieron aviso del “error” de *Cuarto milenio*, pero, lejos de reconocer la metedura de pata, Iker Jiménez en el siguiente programa (18 de junio de 2006) lo convirtió todo en una “leyenda urbana cósmica”, es decir, como si hubiera un nuevo misterio del que prometía hablar en el futuro. Ninguna rectificación, ni siquiera en la cadena televisiva que le acoge, permitirá nunca al espectador saber que simplemente le habían tomado el pelo.

Una técnica que es clave en esta telebasura paranormal: todo vale porque no se considera, ni siquiera por parte de los responsables de esas emisiones, que hay que guardar unas formas mínimas aplicables a los formatos informativos o documentales. Como sucedió entre 2003 y 2004 con la emisión, por parte de la televisión pública, de una serie pseudocumental de Juan José Benítez, el periodista de los platillos volantes por antonomasia, que comenzó su carrera en la prensa (*Gaceta del Norte*, de Bilbao) también a comienzos de los setenta, y que también —aparte de un importante éxito editorial en el grupo Planeta, sobre todo ligado a la interminable saga de sus *Caballo de Troya*— ha tenido programas televisivos. La serie, *Planeta encantado*, recorría en trece episodios varios de los temas “ufológicos” que han hecho famoso al periodista navarro. El 12 de enero de 2004 (tras emitir programas en los que se afirmaba que Jesús había estado en el Coliseo de Roma, edificado decenios después de la fecha aceptada de su muerte, o que

el propio Benítez había encontrado en el mar Rojo un anillo extra-terrestre que, milagro realmente sorprendente, tiene hasta contraste de un platero sin duda paranormal, y un largo etcétera), se anunciaba en el programa la emisión de unas “imágenes inéditas” que se atribuían a la misión *Apolo 11* de la NASA en la Luna, donde se mostraban unos antiguos hangares lunares entre los que casi flotaban unos astronautas. La secuencia era tan claramente una producción de imagen de síntesis digital que sorprendía el descaro de Benítez al presentarla como tomas reales de 1969. En ningún momento se contaba que se trataba del trabajo de una empresa de Irún, que había realizado otras animaciones para la serie. Por supuesto, nunca Benítez ni Televisión Española explicaron por qué se pretendía engañar al público. Quizá porque era obvia la respuesta: todo vale.

De hecho, tras el cambio de gobierno en 2004 y la reestructuración del ente/corporación público de televisión, se volvió a emitir completa esa serie, con los mismos errores y faltas a la verdad, las mismas afirmaciones y datos erróneos. Cuando uno ve la información que dan las cadenas sobre sus programas, tanto *Cuarto milenio* como *Planeta encantado* aparecen bajo el epígrafe “entretenimiento”. Que es la excusa que tienen para justificar la ausencia de mínimos controles periodísticos de sus contenidos. Como es puro ocio, parecen decirnos, qué más da que no sea cierto, ni que el periodismo “de investigación” sea otra cosa que fabulaciones y manipulaciones interesadas. La mentira funciona porque realmente el público está esperando que le mientan. Que es lo que se ha estado haciendo desde siempre en estos temas. John Burnham, catedrático de Historia en la Universidad del Estado de Ohio escribió en 1981 un libro titulado *How Superstition Won and Science Lost*,¹ en el que, tras analizar varios decenios de lo publicado en periódicos estadounidenses, concluye que temas como los platillos volantes, la astrología, los poderes paranormales y otros son presentados casi siempre de forma acrítica, de la mano de periodistas para los que predomina el sensacionalismo, una visión social de lo que es noticiable, y que se ha ido perpetuando en una oferta al consumidor de medios donde estos temas son así porque así nos lo han ido contando siempre. La televisión no ha hecho sino aportar su gránito de arena a una larga carrera ya ganada por la superstición.

¹ Burnham, J. C. *How Superstition Won and Science Lost*. New Jersey: Rutgers University Press, 1987.

Así que, si decidiéramos preguntarnos si esto es “basura” televisiva, podríamos ver que tiene todas sus características. Pero que, de alguna manera, se sigue viendo como un cierto estilo periodístico, aunque dentro del entretenimiento televisivo. Hace dos años, la Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico (una asociación de investigación y denuncia frente a las pseudociencias, que edita la revista *El Escéptico*) promovió un manifiesto denominado “Por la cultura veraz” (www.escepticos.org), suscrito por más de quinientas personas, en el que se pedía específicamente a los responsables de las cadenas de televisión que aplicaran criterios de veracidad más estrictos a estos contenidos estableciendo mecanismos para eliminar esa basura de sus parrillas. Por supuesto, nadie ha hecho caso, y mucho nos tememos que nunca harán caso de algo así. En estos temas del *más allá* tampoco, como no lo hacen ni lo harán nunca en tantos otros temas del *más acá*.